

Filosofía occidental ebria de ontología y completamente autista. Críticamente Lévinas se desvincula de las raíces de la Historia de la Filosofía, que llegan hasta Grecia, para acudir al ámbito judaico y situarse en una posición filosófico-profética, denunciando los intentos de *reducir el otro al mismo* anulando las diferencias. La eliminación del otro como otro se encuentra en el foco del que provienen los horrores históricos, de los que los genocidios son el escándalo de los escándalos. En los mismos orígenes de la *ciudad* se encuentra la oposición nosotros/los otros. El sacrificio y el asesinato del prisionero o del extranjero aparecen vinculados a su fundación, como medios para canalizar las tendencias agresivas potencialmente destructivas del grupo, por eso la extrema apelación a un *nosotros imaginario*, auténtico fetiche social, es la raíz del totalitarismo. El pensamiento occidental es incapaz de abrirse a lo otro si no es como un *excursus* para intentar asimilarlo y dominarlo devorándolo. Nietzsche nos enseñó, quizá más que nadie, la belleza del viaje, la aventura y el riesgo. Para Levinas, el hombre más que un ser-en-el-mundo, arrojado entre los útiles, es un ser-con-los-otros, con ellos se relaciona y adquiere responsabilidades. Su Filosofía de la alteridad es una crítica de la ontología, hay que superar la una egología narcisista de la Filosofía occidental. Para trascender sus límites Levinas nos remite a la experiencia del otro, a su epifanía, ante quien soy responsable.— ENRIQUE SALGADO.

GARCÍA ROJO, JESÚS, *El sentido de la vida. Una pregunta necesaria* (Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 2004), 322 pp.

La pregunta por el sentido de la vida ha sido una de las cuestiones más hondas y significativas con las que el ser humano se ha enfrentado siempre, aunque parecería que una de las características de las sociedades occidentales contemporáneas

es precisamente el olvido, o la ocultación premeditada, de esta inevitable cuestión. En la medida en que el ser humano se caracteriza por su capacidad de hacerse cuestión por todo lo que le rodea, y más en particular por aquello que más le concierne, esto es, el sentido de su vida y el significado de todo lo que hay, no podemos más que concluir que el hombre que oculta o ignora esta cuestión estaría huyendo de su realización más profunda, quedando remitido y condenado a una vida inauténtica, superficial.

El autor de este interesante libro, fruto de su tesis doctoral en teología, se confronta en profundidad con esta candente cuestión, analizando lo que sobre ella han escrito un abanico de autores contemporáneos. Parte de la tesis de que la cuestión sobre el sentido de la vida es algo que pertenece a la propia condición humana, de tal modo que su ignorancia o mal planteamiento conlleva consecuencias negativas para el propio ser humano. Al mismo tiempo, plantearse esta cuestión supone confrontarse con el fundamento último de la realidad y de la esencia de lo humano, por lo que dicha cuestión nos lleva inevitablemente al tema de Dios y de los diversos proyectos de salvación que plantean al ser humano las diversas religiones. De este modo, podemos entender que la crisis de fe en Dios y el eclipse de lo religioso en el ámbito de la cultura occidental lleve aparejado un dejar de lado esta pregunta, o un inmanentizar y superficializar tan importante cuestión.

En un mundo tan plural como es el nuestro, el abanico de posturas sobre la pregunta por el sentido de la vida no puede por menos que mostrarse particularmente amplio. A lo largo del siglo xx han sido las filosofías existencialistas las que más se han detenido en analizar esta cuestión, describiéndola desde tintes más bien dramáticos y negativos. A pesar de ello, el autor deja de lado la referencias al entorno existencialista, por considerarlo quizás suficientemente estudiado, y estructura el conjunto de autores que merecen su atención en tres

bloques. El primero se refiere a cuatro autores (Marx y Engels, Schaff y Machovec) que enfocan la cuestión desde un planteamiento antropológico en el que predomina la dimensión social. En la segunda parte, por el contrario, los autores elegidos (Freud y Frankl) enfocan el problema desde una concepción más individualista del ser humano. Y en la tercera, el enfoque que prima es el punto de vista teológico, de la mano de P. Tillich y K. Rahner.

En la primera parte del libro se plantea el contraste entre el acercamiento al problema por parte de Marx y Engels, dos autores que nunca se plantearon explícitamente la pregunta por el sentido de la vida, y la diferente actitud de Schaff y Machovec ante este acuciante problema, distanciándose éstos de la visión del marxismo ortodoxo. La razón de que Marx y Engels no tuvieran en su horizonte teórico la cuestión del sentido de la vida, no supone que no fuera para ellos importante, sino que sus preocupaciones se enfocaron más hacia una resolución de tipo práctico de tal problemática, conscientes de que la filosofía tiene que resolverse en una praxis transformadora de la sociedad. Si el hombre es «sus relaciones sociales», una vida con sentido sólo se podrá vivir en una sociedad socialista libre de todo género de alineaciones, y donde el ser humano pueda conseguir de modo real su emancipación y su realización completa, no meramente individual sino también social. En cambio, tanto Schaff como Machovec, superando los prejuicios de la ortodoxia marxista hacia una visión más específica de lo humano, entendieron que las preguntas «socráticas», entre ellas la del sentido de la vida, el problema de la muerte, la búsqueda de la felicidad, etc., eran centrales e insoslayables para llegar a comprender la esencia de lo humano y realizar de modo práctico los ideales de la sociedad socialista. De ahí que toda su producción teórica esté impregnada de una confrontación con estas acuciantes y vitales cuestiones.

Dentro de los enfoques más individualistas (autores de la segunda parte), la postura de Freud destaca por su interpretación crítica y negativa ante esta cuestión, en la medida en que, preocupado por hacer ver que las patologías psicológicas se deben más bien a experiencias frustrantes en la integración de lo sexual, tendía a dejar de lado el problema del sentido de la vida o a entenderlo como una cuestión negativa, en la medida en que el planteamiento de la misma vendría a ser considerado como un síntoma enfermizo, más bien que como expresión inevitable y madura de la confrontación del ser humano con una dimensión profunda de su ser, como así lo entiende V. Frankl. El fundador de la logoterapia, a diferencia del fundador del psicoanálisis, entendía que muchas de las enfermedades psicógenas tenían su origen no tanto en tempranas y patológicas experiencias sexuales, cuanto en la no colmada exigencia de consecución de sentido para su existencia. En la medida en que estamos asistiendo a un mundo en que parece cerrarse o desdibujarse la salida hacia un horizonte de sentido (un momento clave para Frankl lo constituyó la experiencia personal de los campos de concentración), se necesita precisamente en estos momentos agarrarse con fuerza a la convicción del sentido inquebrantable de la vida. Para V. Frankl la vida, aun en los momentos más terribles y sin horizonte, está dotada de sentido, y la capacidad de encontrarlo es para el ser humano la garantía de una vida libre de patologías y llena de plenitud. El empeño de la logoterapia, su método de ayuda psicológica, se encamina precisamente a ayudar al paciente a encontrar el sentido de su vida, en los momentos en los que parece que resulta más negado, y a contagiarlo a su alrededor.

Como decíamos al inicio, la cuestión del sentido de la vida no se contenta con respuestas superficiales, sino que llama a la puerta de la cuestión del fundamento último de la vida y de la realidad, lo que supone plantearse directamente la cuestión de

Dios y de la religión. De ahí que se trate de un problema tanto filosófico como teológico, por lo que el autor dialoga en la tercera parte con dos teólogos. El trasfondo existencial del pensamiento de P. Tillich le hace entender al ser humano como un ser atezado por la angustia existencial ante el peligro del sinsentido, aunque, al mismo tiempo, también lo considera dotado por el coraje de responder positivamente a tal tentación de sinsentido, coraje apuntado y confirmado por su fe en Dios, garantía de sentido y de salvación. De todos modos, Jesús García Rojo reprocha a Tillich un escoramiento hacia una visión demasiado racionalista de la idea de Dios como sentido de la existencia, sin insistir suficientemente en lo que Dios tiene de misterio inaprensible. En ese sentido, le convence más el planteamiento teológico de K. Rahner, que entiende que la irrefrenable búsqueda de sentido, que se halla inscrita en el ser humano, es expresión de la constitutiva apertura del ser humano al infinito. El hombre es un ser trascendente y abierto a Dios, que se le muestra como fundamento de su vida y de toda la realidad, sentido y fundamento que hemos hallado los creyentes expresado, encarnado y personificado en Jesucristo. Así, en un mundo atravesado por la lucha entre sentido y sinsentido, Jesucristo y su estilo de vida

aparecen como el modelo y la referencia definitiva del sentido de la vida y de una vida con sentido.

El presente libro se completa con una síntesis sistemática del autor, donde recoge las ideas centrales del texto, los elementos positivos de cada autor así como sus respectivas limitaciones, seguido de una presentación del sentido de la vida en clave teológica, como coronación de un modo profundo y completo de entender y resolver la cuestión central sobre la que el libro reflexiona. Un colofón importante es la amplia y casi completa bibliografía sobre esta interesante y compleja problemática. En la medida en que sobre cualquier tema de interés la producción bibliográfica no deja de crecer, el autor ha realizado la encomiable tarea de completar el elenco bibliográfico que tenía ya recogido en el momento en que terminó su tesis para añadir las últimas aportaciones del tema. En definitiva, nos hallamos ante un estimulante libro, que tiene el acierto de recordarnos la centralidad de este problema, mostrarnos el modo como lo ha planteado un elenco importante de autores recientes, así como el modo como se complementan la visión teológica y filosófica a la hora de plantear y de resolver tan vital y permanente cuestión antropológica y existencial.—CARLOS BEORLEGUI.